

Narraciones populares
“La epopeya de Baïbars”

E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

LAS INFANCIAS DE BAÏBARS

Edición y traducción: Esmeralda de Luis



سيرة المظاهر بيبرس



Del “Roman de Baibars”

I - Las infancias de Baibars

Capítulo 13

13 – El brazo de hierro

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 3-06-2016
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

13 – “EL BRAZO DE HIERRO”



Un buen día, Baïbars llamó a su banda:

- ¡Eh, muchachos, vamos a darnos una vuelta por Damasco!

El agha Ahmad, hijo de El-Aqwâssî, le dijo:

- Nos preocupa, hijo, que no vayas a arrastrarnos a algún lío.

- Tío, todo lo que nos pueda ocurrir, es Dios quien lo habrá decidido. Hoy me apetece ir a pasear a los huertos y jardines, para relajarnos sin buscar pelea con nadie y sin mezclarnos en los asuntos de los demás.

- De acuerdo, - dijo Ahmad.

Y entonces les dijo a los mamelucos que prepararan todo y les esperaran en un lugar conocido como Sadr El-Baz y que actualmente se encuentra al oeste de Damasco. Los mamelucos se fueron a extender las alfombras y a colocar los cojines y se apresuraron en preparar la comida. Baïbars y su banda llegaron poco después al jardín, se acomodaron, y los mamelucos les sirvieron el almuerzo. Comieron, bebieron, y dieron gracias al Creador, ¡loado sea! Cuando al mediodía escucharon la llamada a la oración, hicieron sus abluciones, rezaron, y luego se quedaron allí sentados hasta el final de la tarde. Después abandonaron el jardín y pasaron por la tekiyyeh Mewlawiyyeh, la de los derviches. Baïbars se fijó en un joven que estaba a la puerta de la tekiyyeh; tenía en la mano una cadena de cobre amarillo, en cuyo extremo estaba atada una moneda de oro. Y el joven gritaba:

- Esta moneda de oro es para quien me venza en un pulso.

- Tío, - preguntó Baïbars a Ahmad, hijo de El-Aqwâssî -, ¿qué significan esa cadena que lleva en la mano y la moneda de oro?

- Hijo mío, se diría que es un jugador de “brazo de hierro”¹

- ¿Y qué es eso del “brazo de hierro”?

- Hijo mío, se trata de un arte que también cuenta con su propia organización: sheyj, síndico, su campeón y su alguacil. Poseen su propia tekiyyeh. Cuando se juega al “brazo de hierro”, cada uno agarra la mano derecha del otro y se atan unidas con esa cadena. El que consigue doblar el brazo

¹ “Brazo de hierro”: es lo que conocemos como echar un pulso.

del otro se embolsa la moneda de oro que está en el extremo de la cadena. Ese joven que ves ahí es el campeón de los jugadores del “brazo de hierro”, y se llama Ahmad, hijo de Mimâr. Y les han dado esta *takkiyeh* como un bien del *waqf*. Tras oír esto, Baïbars se acercó al joven Ahmad, hijo de Mimâr, y le preguntó:

- ¿Quién eres tú, hermano?

- Un jugador de “brazo de hierro”.

- ¿Quieres jugar conmigo?

- Desde luego; ¿no es ese mi oficio? pero con una condición.

- ¿Cuál?

- ¿Ves esa moneda de oro? si consigues doblarme el brazo, la moneda será tuya, pero si eres tú quien lo dobla, entonces serás tú quien me dará otra igual.

- ¡Perfecto! ¡Por Dios, tú eres honesto!

Acercándose a él, sacó de su bolsillo una moneda de oro, y le dijo al joven:

- Toma, hermano, toma esta moneda de oro como anticipo. Si tú me haces doblar el brazo, la partida es tuya y, si soy yo el que gana, cogeré mi moneda y la tuya.

- ¡De acuerdo! dijo el joven del “brazo de hierro”. Puso su mano sobre la de Baïbars y le dijo: ¿Quieres ser el primero en empujar, mi joven señor, o prefieres que comience yo?

- Como tú quieras; ¡pero comencemos!

- Vale, - respondió.

Entonces se arqueó y se apoyó con todas sus fuerzas sobre el brazo de Baïbars para hacer que lo doblara. Baïbars permaneció firme como una roca. El otro sudaba sangre, pero ¡nada que hacer! Se apoyaba todo lo más que podía, hasta el punto de palidecer, y el sudor le corría por todo el cuerpo. La mano se le había anquilosado de tal modo que no podía ni moverla. Entonces se paró y dijo:

- Hermano, no puedo más; por favor, dame un minuto de reposo y luego, te toca a ti hacerme doblar el brazo.

Baïbars le concedió un momento de respiro. Después de haber descansado un tiempo, el joven le dijo:

- Vamos, hermano, muéstrame tu fuerza.

- Muy bien, -dijo Baïbars, y adelantándose, puso su mano derecha en la suya e invocó la protección de los hombres de Dios.

- ¡En guardia! –gritó y, poniendo todas sus fuerzas en el brazo del otro, se lo hizo doblar con la misma facilidad con la que se hace girar una rueca.

- ¡Ya es suficiente, hermano! gritó el joven, ¡que Dios te bendiga! ¡Qué fuerza! ¡La palabra de Dios te hace invencible! Yo soy testigo de que a partir de ahora, tú eres el campeón de los competidores de “brazo de hierro” y yo soy uno de tus subordinados y de tus servidores. Juro por Dios, el Terrible, que en toda mi vida nadie antes que tú me había hecho doblar el brazo.

Se arrojó a los brazos de Baïbars, le dio un abrazo y le besó en la frente. Luego, cogidos del brazo, se fueron todos a casa de Dama Fâtme. Baïbars le sentó en el lugar de honor, le dio la bienvenida y le trató con las mayores consideraciones. Charlaron durante un buen rato, y llegada la hora del almuerzo, comieron de la olla, alabaron al Rey de la Gloria, el Todopoderoso; retiraron los platos, y se lavaron las manos. (Vosotros y yo recemos por Tâhâ el profeta, el guía). Trajeron el café, luego los refrescos. Aún pasaron un buen rato en buena compañía, luego, el joven se despidió.

- Baïbars, hermano mío, - le dijo antes de partir -, mañana tienes que invitar a tu casa a todos los miembros de la corporación, porque tú te has convertido en su campeón.

- Bienvenidos sean, pero no merece la pena; ¿qué seas tú el campeón, o que lo sea yo, qué más da?

- Imposible, esas son las reglas.

- Sea a tu manera, haz como quieras.

Ahmad, hijo de Mimâr, se marchó agradeciendo a Baïbars su generosidad, extrañado de ver que el Señor hubiera concedido tanta fuerza a un ser tan agraciado y hermoso; no sabía que poseía la fuerza de cuarenta héroes. A la mañana siguiente se reunieron en el café Sanjaqdâr para esperar a que todos los jugadores del brazo de hierro se hubieran reunido. Eso sería a media mañana.

- Compañeros, - dijo Ahmad, hijo de Mimâr,- hoy se nos ha invitado a todos a casa de Dama Fâtme, hija de El-Aqwâssî junto a la puerta del Mercado del algodón.

- Muy bien, -respondieron.

Al momento se pusieron en marcha. Ahmad, hijo de El-Aqwâssî, vino a recibirles y les acompañó hasta el gran salón. Les dio la bienvenida, les colocó en el lugar de honor y les ofreció café, luego trajeron unas bandejas con aperitivos de lo más suculentos; había hasta diez tipos de

platos. Comieron, bebieron, se animaron y divertieron, alabaron el esplendor de Dios Todopoderoso, tras lo cual, pusieron sus manos sobre la de Baïbars y le reconocieron solemnemente como campeón de todos los jugadores del “brazo de hierro”. Finalmente se despidieron y cada cual se fue por su lado.



**Aquí la narración continúa en el próximo capítulo titulado
“El gigante de Marqab”
en donde se refiere cómo Baïbars conoce al gigantesco fidawî Asef, hijo de
Bahr El-Marqabî, que lo envió para ver a Baïbars, entregarle un regalo y
mostrarle una serie de técnicas para escalar las murallas de una ciudad
e introducirse en ella sin ser visto.**

Próximamente en www.archivodelafrontera.com

14 – “EL GIGANTE DE MARQAB”

